

Aproximaciones a la historia cultural de la ciencia desde una perspectiva crítica

Gustavo Vallejo

1.- ¿Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual? ¿Estuvo conectado con grupos o investigadores que fueron importantes en su labor inicial? ¿Tuvo maestros?

Por empezar, y moviéndome entre fronteras disciplinarias muy lábiles, partiré de entender mi relación con la historia intelectual o la historia de las ideas, desde un piso que sería el de tener para decir algunas cosas distintas a las contenidas en cierto sentido común expresado al abordar el pensamiento y las prácticas de



quienes participaron en la cultura científica de nuestro medio. De este modo me sumo aun sin saber exactamente si lo que hago es parangonable a lo que hace gente muy talentosa con la que comparto aquí un lugar con dudosos merecimientos, y empiezo por agradecer profundamente la invitación de Alejandro Herrero a participar en este dossier que prolonga una tarea de muchos años que ha dejado valiosísimos registros, desde aquel admirable texto de 1996, *Las Ideas y sus Historiadores*.

En distintas oportunidades usé la figura del palimpsesto para pensar en ciertos aspectos del devenir histórico. En este caso, apelaré a ella para intentar dar cuenta de un recorrido personal en tareas de investigación que pueden verse dentro de ese tipo de soporte, en el cual, las sucesivas escrituras no impiden que sigan percibiéndose las anteriores. Digo esto pensando en que mis intereses se sitúan en la historia cultural de la ciencia y dentro de ese vasto constructo epistemológico confluyen disciplinas, inquietudes, enfoques que, como capas, se superponen para alimentar mi mirada desde la proximidad y aun desde la distancia con problemas y

Gustavo Vallejo: 1208gvallejo@gmail.com, <https://orcid.org/0000-0003-4730-2455>, Universidad Nacional de La Plata-CONCIET, Gustavo Vallejo es Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata y realizó el Posdoctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Es investigador Independiente del CONICET y docente en las Universidades Nacionales de La Plata y Tres de Febrero. En 2010 fue premiado por la Academia Nacional de Historia de Argentina. Individualmente es autor de: *Escenarios de la cultura científica argentina*, CSIC, Madrid, 2007; *Utopías cisplatinas*, Las Cuarenta, Buenos Aires, 2009; *Proyecto urbano y sectores populares en la génesis de La Plata*, Prohistoria, Rosario, 2015; *José Gabriel y la crítica de la cultura*, Prometeo, Buenos Aires, 2021. En coautoría dirigió obras colectivas como: *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005; *Políticas del cuerpo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008; *Derivas de Darwin*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2010; *Una historia de la eugenesia. Argentina y las redes biopolíticas internacionales (1912-1945)*, Biblos, Buenos Aires, 2012; *Saberes Transatlánticos*, Doce Calles, Madrid, 2017; *Darwin y el darwinismo desde el sur del sur*, Doce Calles, Madrid, 2018; *La historia de la salud y la enfermedad interpelada. Latinoamérica y España (siglos XIX-XXI)*, UNLa, Lanús, 2022. También co-dirigió 5 números especiales para revistas científicas, publicó numerosos papers, capítulos de libro y trabajos en otros formatos.

referentes de cada una de esas capas que puedo recordar.

Me gradué como arquitecto y realicé la carrera de posgrado en historia de la arquitectura y el urbanismo en la Universidad de Buenos Aires. En ese contexto conocí a Miguel Guérin, quien me ayudó a pensar la historia urbana desde el estructuralismo y así comenzaron mis investigaciones. También en lo estrictamente atinente a la historia urbana me interesé por los trabajos de Jorge Liernur y Adrián Gorelik. Después me topé con un histriónico Hugo Biagini, quien me hizo ver que todo lo que llevemos a cabo en el plano de las ideas está atravesado en nuestra región por las tensiones que se presentan entre las lógicas colonizadoras y descolonizadoras.

En la década de 1990 mis temas de interés incluyeron el impacto del higienismo en la historia urbana y la emergencia de la ciudad moderna como un tropo de la ciencia que vi, particularmente, en el nacimiento de La Plata y en su posterior reconfiguración como una ciudad universitaria. Finalizando esa década, problemas que advertía en la historia urbana se ensamblaron también con inquietudes compartidas con quien desde entonces fue mi compañera, Marisa Miranda, para generar un programa de trabajo consistente en valernos de la idea de recepción, planteada por Roger Chartier en la historia de la lectura, para indagar el impacto cultural del darwinismo social y la eugenesia en la Argentina.

Me doctoré en Historia en la Universidad Nacional de La Plata, en un trayecto formativo que, afortunadamente por lo que me permitió conocer, fue muy largo debido a mi “rara” procedencia disciplinaria. En verdad una muy estricta Comisión ante la que me presenté se encontró con un “*rara avis*” al

que quizás para desalentarlo impusieron una enorme carga horaria que cumplir sin imaginar, posiblemente, que esa decisión terminaría siendo un motivo de permanente agradecimiento. Mis más recordados profesores fueron, Gerardo Caetano, Sonia Mendonça, Waldo Ansaldi, Patricia Funes, José Escudero, Donna Guy y Dora Barrancos, por sus aportes teóricos sobre ciudadanía, género, educación, intelectuales y salud crítica. Pero también por sus instigaciones a profundizar el estudio de los clásicos, especialmente la Escuela de los *Anales* y Antonio Gramsci, y a sumergirme en la historia cultural con Pierre Bourdieu y Norbert Elías.

Antes de presentar y defender mi Tesis (*Escenarios de la cultura científica argentina*).



Con Marisa Miranda en el CSIC

Ciudad y Universidad), tuve un paso fundamental por el Instituto de Historia de la Ciencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de España, en Madrid. El mismo se produjo a partir de un Sabático para investigadores extranjeros otorgado por el gobierno español que me abrió las puertas de un espacio académico verdaderamente impresionante. Raquel Álvarez Peláez, me alentó a postularme luego de haberme presentado ante ella por e-mail a través de trabajos que había realizado y, tras participar y obtener la plaza que se concursaba,

cuando en Madrid la conocí personalmente, todas las impresiones recogidas a través del ciberespacio resultaron insuficientes. En aquella gran referente sobre la historia de la eugenesia descubría a una persona única, en todo sentido, donde afloraba a cada instante su capacidad de trabajo, honestidad intelectual, generosidad y humildad.

En el CSIC entonces hallé importantes estímulos para complejizar mis preocupaciones y también el aliento para avanzar más en aquel incipiente programa de trabajo que habíamos elaborado con Marisa. Sobre el bagaje que traía, en 2002, comenzó una etapa crucial en mi carrera, junto a grandes personalidades que, con Raquel, le daban encarnadura a aquel gran Instituto. Allí estaban José Luis Peset, Rafael Huertas,

Miguel Ángel Puig Samper, Armando García González, Andrés Galera, Leoncio López Ocón y Antonio Lafuente, como principales figuras de un plantel exquisito, tanto en términos intelectuales como humanos. Si bien conocía y valoraba académicamente la producción de algunos de ellos, poder pasar a interactuar con todos significó un gran y muy productivo cimbronazo. En ese ámbito me sumergí a hurgar más acerca de la historia cultural de la ciencia, lo que me permitiría en adelante avanzar en indagaciones sobre la relación entre saber y poder desde una perspectiva foucaultiana donde, a su vez, era volcada la voluntad de producir trabajos que expresaran la aspiración de Benjamin de “cepillar la historia a contrapelo”.

Desde aquella estancia en Madrid, y las que luego se sucederían, consolidé mi labor con equipos de investigación del CSIC, principalmente en grupos organizados por Rafael

Huertas, quien no tardó en convertirse, a la vez, en un amigo y en un maestro en el más amplio sentido del término. A través de Rafael, una historia crítica de la medicina, abierta a agudas interpretaciones culturales me permitía pensar desde otros lugares mis objetos de estudio. Complementariamente, la vinculación con otra línea del CSIC, la liderada por Miguel Ángel Puig Samper, el gran referente de los estudios sobre el evolucionismo en el mundo hispano, posibilitó mi integración a una red internacional que me ayudó a ver con mayor profundidad los usos sociales de las teorías biológicas. Con Miguel Ángel, otro maestro, también emergió la problemática del colonialismo visual y las prácticas racistas que tienen el soporte de la imagen, y, trabajando dentro de ese



Álvaro Vallejo al centro con Isabel Jiménez Lucena (izquierda) y Álvaro Girón (derecha)

marco de ideas, me “reencountre” con Patricia Funes en la Facultad de Ciencias Sociales de Buenos Aires donde realicé el Posdoctorado. También en otra sede del CSIC, la situada en Barcelona con el nombre de Institución Milá i Fontanals, retomé labores conjuntas con Álvaro Girón, después de haber compartido la participación en un proyecto de Raquel

primero y en diversos Congresos internacionales después. Álvaro es un grandísimo estudioso de la relación del darwinismo con cultura científica de cuño anarquista y, con Oliver Hochadel, gestó un espacio para pensar el cruce de la historia urbana y la historia de la ciencia, en cuyo marco pude integrar ideas formuladas en torno al 1900 a un lado y al otro lado del Atlántico.

Podría decir así que las referencias más importantes que he tenido y aún conservo puedo identificarlas centralmente en investigadores que trabajan dentro de la historia cultural de la ciencia en el CSIC de España, empezando por Raquel Álvarez Peláez. Eso no fue óbice para pensar en problemas locales, sino todo lo contrario. Asimismo, en nuestro país, Marisa no ha dejado de enriquecer el campo en el que me inserto y un lugar importante lo ha ocupado Hugo Biagini, con quien seguí trabajando casi ininterrumpidamente desde que lo conocí en los años 90 y trabé una amistad que me enorgullece. Con él emergió el pensamiento alternativo como categoría analítica que dio lugar a un fructífero programa integrador de temas, problemas e ideas, en el cual no sólo hallé insumos importantes para repensar y caracterizar mejor a mis objetos de estudio, sino que también pasé con naturalidad a sentirme parte de él a través de lo que hacía y cómo lo hacía.

2.- ¿Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Siempre me resultó difícil encuadrar disciplinariamente lo que hago, puede que sea una forma transdisciplinaria (o poco disciplinada) de pensar la disciplina. Wittgenstein decía “si me clasificas me anulas”, y creo que me tomo muy a pecho esa cuestión. En mis trabajos, apuesto por generar nuevas miradas del pasado, desafiando los límites que puedan ser reconocidos en la recreación de una única tradición historiográfica.

Igualmente creo que, por sobre todas las cosas, lo que hago lleva la impronta de la crisis de 2001. Consciente o inconscientemente, no veo que ello pueda separarse de una huella indeleble que conservo de lo que fue un verdadero punto de inflexión. En ese contexto tan terrible, la obtención de una Beca de la Fundación Antorchas sirvió de paliativo para poder avanzar en la tesis, mientras veía como alrededor todo se derrumbaba. Incluso el CONICET, donde quedé en un limbo interminable del que recién salí a fines de 2002 cuando se confirmó mi paso de Becario a Investigador, también sufrió institucionalmente graves padecimientos que estuvieron al borde de resultar terminales. Vale la pena recordar que dentro de los ajustes acordados con el FMI y que condujeron al estallido de diciembre de 2001, estaba incluido el cierre del CONICET. Paradójicamente, el default posibilitó la normalización del CONICET. Y en una directa correlación, mi situación particular cambió drásticamente: tras una larguísima espera ingresé a la Carrera del Investigador, cuando ya había obtenido la plaza para desempeñarme en el CSIC. Al regresar, como condición laboral también el país había dado una vuelta de campana. Comprender culturalmente el significado de aquellos cambios cíclicos, que no serían los últimos, me hizo volver recurrentemente sobre las preguntas con las que Hanna Arendt interpeló el poder tratando de entenderlo a través del horror que era capaz de provocar preguntándose: ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué sucedió? ¿Cómo ha podido suceder?

Estas preguntas se ensamblaron al interés por una historia cultural que, desde mis estudios sobre la historia urbana, de la salud y de la educación, se extendían al positivismo y llegaba a través de la historia de las ideas a la eugenesia. La naturalización de un fatalismo que separaba tajantemente a quienes dentro de la sociedad podían tener derechos y quienes no, abría cada vez más interrogantes y me adentré a explorar esas cuestiones con creciente interés.

La estancia en Madrid había reforzado mis inquietudes por identificar problemas que lo eran en sí mismos y también porque en su desconsideración veía otro problema añadido. Diego Armus recurre frecuentemente a una figura que alguna vez usó Gombrich diciendo que “la historia es como un queso gruyere, está llena de agujeros”. La metáfora sugiere múltiples lecturas, entre ellas las de asumir que los vacíos forman parte de la historia, o también, como la pretendo analizar desde mi labor, identificando los agujeros para estudiarlos, junto a las preguntas acerca de ¿qué nos están diciendo? ¿cuánto hay en ellos de lo inefable, de aquello que por alguna razón no fue correcto decir y/o hacer? Y en tal caso interrogarnos acerca de si esa ¿no sería esa una manifestación de poder y el estudio de los agujeros un medio para interpelarlo?

Partiendo de preguntas de ese tenor me embarqué en buscar lo que expresaba el culto a homogeneidades normalizadas, indagando propuestas que bajo un ropaje científico contenían los más ancestrales prejuicios sin perder vigencia, frente a las cuales, también se alzaron resistencias culturales y distintas formas de desafiar lo que en esencia sostiene el poder: el determinismo en sus diversas facetas. En el caso argentino, la persistencia de un supremacismo que, con sus modulaciones elitistas, “pigmentocráticas” (al decir de Biagini), estigmatizadoras de lo diferente, cuando no lisa y llanamente fascistas, forman parte de una inacabada historia de larga duración que puede ser también entendida desde las correlaciones que presenta con las tendencias a acrecentar desigualdades. Porque, precisamente no hay desigualdad sin que tras ella exista algún grado de supremacismo, siendo ésta la racionalidad de la sinrazón que enmascara una forma de naturalizar la supuesta superioridad que unos despliegan sobre una otredad despreciada -con toda la cadena de significantes que conducen a someter o aniquilar tras “bajar el precio” - valiéndose siempre de algún discurso autorizado. ¿Cómo nacen esas autorizaciones?, ¿quiénes la encar-

nan?, ¿a través de qué manera se ejercen?, son también preguntas que me interesan explorar.

Si, básicamente, mi preocupación central se delimitaba a interpelar manifestaciones del poder en su ejercicio explícito y en su impregnación cultural, las formas a través de las cuales emprendí esa tarea fueron variadas. La recepción, en tanto mecanismo explicativo de las distintas maneras en que sociedades periféricas como la argentina adoptaron teorías gestadas en el hemisferio norte, tenía, además de Chartier, deudas importantes en el campo de la historia de la ciencia con Thomas Glick. Así, definidos los intereses y problemas en torno a cuestiones que buscaron ser iluminadas a través de la recepción de teorías biológicas modernas que derivaron en directas reconversiones en teorías sociales, dos grandes recipientes disciplinarios utilizados fueron la historia cultural urbana y la historia social y cultural de la ciencia (siempre atravesados por la historia de las ideas), a los que recurrí a partir de la realización de artículos y libros en forma individual o asociado y también co-organizando trabajos colectivos.

Insisto en lo que decía antes, no hay allí una única tradición animando esa labor, sino más bien una vocación por explorar desprejuiciadamente los agujeros del queso para pensar otras maneras de abordar la relación entre saber y poder en sus múltiples manifestaciones. Si bien allí sobrevuela una mirada foucaultiana, ello no impidió pensar en marcos teóricos que fueran, antes que una imposición apriorística sobre el objeto de estudio que se analiza, el producto particularizado de la construcción de ese mismo objeto.

3.- ¿Cómo realiza, por lo general, su tarea? ¿Discute sus trabajos con otros colegas? ¿Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

Tengo una forma bastante personal de desarrollar mi tarea. Puedo llevar a Congresos

ideas que me permitan poner en discusión problemas que estoy pensando, pero luego, trabajo de una manera individualista. Quizás también esa sea una huella del 2001, desde que me obligó a trabajar de ese modo en aquel contexto lamentable y perduró aún después de que se hiciera habitual mi integración a grupos de investigación de otros países. Igualmente, ni aun en los más oscuros momentos, en los que las preocupaciones estaban invadidas por resolver necesidades concretas del día a día, mi casa dejó de ser un ámbito de permanentes discusiones teóricas, sobre todo porque Marisa era, y lo sigue siendo, mi mayor interlocutora y polemista.

Con relación a la elaboración de los trabajos, creo que ese es siempre un proceso inacabado, que demanda sucesivas lecturas abiertas a constantes revisiones y contrastaciones con lo que leemos de otros autores, cuyas miradas ayudan a ver más allá de nuestras propias limitaciones. Entiendo también que existe una dinámica que el texto en sí establece entre lo que se quiere decir y los recursos argumentales y teóricos para poder plasmarlo. En otras palabras, no soy partidario de definir un plan muy rígido para ser continuado sin alteraciones en la elaboración de un texto, ni buscar una teoría que oriente unívocamente el enfoque. Por caso, pienso que algunos malos entendidos suscitados por Foucault residen en pretender hallar respuestas totalizadoras en lo que considero como valiosísimas hipótesis que no pierden su vigencia como ideas que merecen ser discutidas en su cruce con datos empíricos, para reconocer, a partir de ahí, la particularidad de cada circunstancia concreta que se estudia.

Precisando un poco más lo señalado, también creo que cada texto puede gestar la propia teoría en directa interacción con los problemas que se analizan, y en ese proceso el camino nunca es lineal, está plagado de idas y venidas, que implican repensar lo inicialmente postulado, abrir la mente para dialogar imaginariamente con otros autores

y volver una y otra vez al punto de partida de ese recorrido inicialmente pensado hasta convertir la producción del texto en un trayecto sinuoso y bastante tortuoso a veces.

Una anécdota del gran arquitecto norteamericano Frank Lloyd Wright me ayuda a pensar esa metáfora del camino que se sigue en la elaboración de un trabajo. Contaba Frank que siendo niño, un tío suyo muy religioso, cierta vez, lo llevó a hacer un paseo por las praderas nevadas de Wisconsin. Tras un largo trecho recorrido su tío le hizo volver la mirada hacia atrás para que viera los pasos que él daba siempre en línea recta, porque esa era la lección que quería darle acerca de cómo debía comportarse en la vida. Frank, sin embargo, recordaría que ese día aprendió una lección más importante. Sus movimientos zigzagueantes, no habían sido en vano: a diferencia de su tío, regresaba con las manos llenas de flores, aquellas que había recogido en un anárquico trajinar. Muchas veces pienso esto también en relación a la serendipia, aquello que se encuentra ocasionalmente sin ser buscado y que nos insta a despojarnos de dogmatismos para estar abiertos a reconocer como hallazgos cosas que inicialmente no nos proponíamos buscar. Creo entonces que existe una articulación eficaz entre la propia autonomía del acto creador que implica producir un texto y los cruces con otras miradas entabladas en el mismo proceso de elaboración, pensando a esa interacción más que como un condicionamiento como una posibilidad de ser más creativos.

4.- ¿Cómo define la investigación que practica? ¿Cuáles serían las destrezas más importantes que debería reunir este investigador?

Podría decirse que lo que hago tiene un hilo conductor que enhebra inquietudes por abordar problemas como el determinismo, la discriminación y la desigualdad, a través

de múltiples historias que se entrelazan, dentro de espacios culturales como la ciudad moderna, el campo de la salud y la enfermedad, las instituciones normalizadoras, y en interacción con ideas e ideologías pretendidamente proveedoras de legitimación científica como el darwinismo social, el malthusianismo y la eugenesia.

Me interesa analizar en la historia cultural aquellos aspectos de la ciencia en los que más claramente se evidencia el peso de los saberes normativos en la creación de subjetividades que delimitan la frontera de lo sano y lo enfermo (la medicina), lo justo y lo injusto (el derecho) y la virtud y el vicio (la moral, laica o religiosa). Como consecuencias directas del impacto normalizador de esos saberes autorizados, trato de indagar también lo que tienen para decirnos los estereotipos y los estigmas, en tanto expresiones culturales que no dejan de recrearse como metáforas desde un origen situado, en un caso, en la modernización de los medios de impresión a través de la invención de un molde inmodificable, y en el otro, en las señales utilizadas para identificar a los esclavos.

Asimismo, entiendo la historia cultural como un marco conceptual que me permite deslizar entre exploraciones sobre los espacios y los cuerpos que los habitan, así como explorar sus intersecciones que afloran en discursos pedagógicos, médicos o jurídicos.

Particularmente, me ha interesado indagar la reproducción periférica de un emergente de la cultura hegemónica finisecular como fue la eugenesia, cuya propagación en metrópolis latinas fue favorecida por redes internacionales a las que las llamadas “*histoires croisées*” nos ayudan a analizar desde un plano relacional atento también a las diferencias que también coexistieron. Allí se advierten, por ejemplo, cómo enfoques comunes acerca de la cuestión racial, compartiendo incluso la adscripción a una misma teoría, redundaron en estrategias de resolución de conflictos adaptadas a distintas realidades geográficas que, en el

mundo latino, de Europa a América, han incurrido en tópicos que se distinguen por privilegiar la sustitución racial, el control de la inmigración, los intentos de crear o recrear un imperio, o bien llevar a cabo un sostenido proceso de blanqueamiento de la población.

En este sentido, al historizar la eugenesia he venido buscando conocer más sobre una forma de gestionar “científicamente” las desigualdades sociales que atribuyó las exclusiones a un fatalista designio de la naturaleza, a través del cual fueron encubiertas expresiones profundamente racistas y clasistas. Allí pueden focalizarse problemas antes señalados, porque precisamente la eugenesia irrumpió sobre el sustrato de grandes desigualdades sociales, a las que la ciencia luego exacerbó en su afán de proveer de soluciones al anhelo alcanzar la reproducción diferencial entre quienes eran identificados como “superiores” o “inferiores”, con el fin de lograr que los primeros prevalecieran por sobre los segundos. La definición acerca de qué entidad está por encima de otra, nos remite al establecimiento de universos antagónicos que, a través de estereotipos y estigmas, lograron convertir una visión subjetiva en un amplio espacio cultural, trascendente a los intereses de las minorías que encarnaron esa visión. La eugenesia, en tal caso, sería también la expresión más drástica si se quiere, de lo que cabe entender como el largo itinerario seguido por la construcción de subjetividades en torno a un “nosotros” amenazado por la reproducción indiscriminada de una entidad disvaliosa.

Todas estas connotaciones señaladas hacen, a mi entender, que en la eugenesia pueda verse un núcleo de problematizaciones que interpela los campos en los que se desarrolló, como el científico y el político. De manera que, en torno a ella y aun con los avances alcanzados en los últimos años, existen múltiples interrogantes que merecen la pena ser explorados, sobre todo si pensamos que “cepillar la historia a contrapelo”

es un ejercicio necesario para ir más allá de las tradicionales caracterizaciones que se hicieron de la cultura política y la cultura científica en sociedades como la argentina.

5.- ¿Cuál es, a su entender, la situación actual de la disciplina que practica? ¿En su opinión, cuáles son los debates relevantes que se desarrollan al interior de la misma?

No sé si aquello que para mí es muy relevante lo es en la misma medida para otros investigadores, por eso prefiero hablar de mis intereses y desde allí expresar interrogantes que actualmente me movilizan a pensar algunas cuestiones en torno a la labor intelectual. En mi último libro me interesó explorar la biografía de José Gabriel, un personaje poco conocido a pesar de remitirnos a través de sus discursos y prácticas a episodios muy relevantes de una historia política y cultural muy rica de la Argentina del primer tercio del siglo XX. Lo que quiero señalar, especialmente, es que ese trabajo me llevó a plantear preguntas que creo que pueden seguir siendo pensadas para tener algunas precisiones más acerca de lo que entendemos por la figura del intelectual. Por caso, ¿cuál es o debería ser la relación del intelectual con la cultura popular para que ese vínculo no suponga un descrédito hacia aquel que lo explore? Si dentro de sus características le es inherente la cualidad de incomodar ¿cuánto es lícito incomodar, o más bien, a quiénes es lícito incomodar para detentar sin mayores sobresaltos esa condición de intelectual?, o también ¿hasta dónde el cálculo de las incomodidades evitadas puede llegar a complacer al mundo académico sin resignar la condición disruptiva que suponemos constitutiva del intelectual? Y por último ¿cómo se expresan esas cuestiones en las particularidades que presenta la labor del intelectual en Latinoamérica?

Pienso en preguntas de este tenor como disparadoras de muchas otras más que sería

conveniente formular y reformular para sacar a la figura del intelectual de las convenciones que se abalanzan sobre ella.

Avanzando sobre esas problematizaciones, considero que los determinismos atraviesan la vida social y la forma en la que no pocos intelectuales los han reforzado desde sus propias praxis que, sometidas a una mirada atenta, configuran para la historia enormes vías de exploración. En este sentido, creo necesario superar cierta tendencia a establecer categorías definitorias, allí donde hay cruces que es menester llevar a cabo. Con esto quiero decir que, por ejemplo, identificar a cierta figura como progresista en lo político no supone, automáticamente, acreditar que lo sea en lo cultural o en lo racial. Lo mismo puede pensarse sobre las disociaciones entre el decir y el hacer, producidas especialmente cuando el análisis se reduce al discurso sin considerar su relación con las prácticas.

Por su parte, cabe señalar que la Historia cultural de la ciencia ha sido un espacio abierto a estas formulaciones en lo que parecería extraño y no lo es. Recuerdo al gran colega español Ricardo Campos contar que al iniciar su carrera de investigador en historia y expresar que pretendía estudiar el poder, Peset lo condujo a indagar la historia de la medicina. Primero le pareció extraño, y luego reconoció aquella sugerencia como la mejor que recibió en su vida académica. Digo esto pensando en dos disociaciones que en nuestro medio es común hallar: entre quienes no ven como intelectuales a los profesionales de la salud que historizan y quienes no ven a la historia de la ciencia y la medicina como un lugar que merezca ser integrado a la historia de las ideas o también a la historia intelectual. En tal caso si la pregunta por el intelectual conlleva también la de sus funciones y los campos del conocimiento que estarían abiertos a incluir esa caracterización, creo que cabría hacer suficientes reformulaciones para que con

mayor naturalidad integremos trayectorias personales y espacios del saber que tienden a permanecer fuera de lo que privilegian ciertos enfoques tradicionales.

También creo que existen dos formas en las que el intelectual se posiciona y entiende su función dentro de un determinado campo: la primera sería aquella que parte de asumir la existencia de distintos espacios que canalizan miradas diversas, mientras que la segunda podría ligarse a la presuposición de la existencia de un único universo pequeño que es menester controlar ante el riesgo que, de no hacerlo, pudiera caer en manos indebidas. Existen suficientes razones para pensar que la primera alternativa es, no sólo deseable, sino también absolutamente necesario que lograra prosperar para hacer más fructífero el desarrollo de nuestro medio intelectual.

Asimismo, y si pensamos que la hegemonía neoliberal se sustenta culturalmente en una sistemática deshistorización que habilita a reincidir en las mismas prácticas que empobrecen a amplias mayorías, entiendo que una función central que es menester esperar del intelectual, sobre todo en nuestra región, sería la de contribuir a que pueda ser permanentemente reconstruida esa conexión entre pasado y presente. No se, exactamente, si esa necesidad que yo considero importante se compadece con la función que muchos asumen en la actualidad al desarrollar su labor. Participar de un incesante despliegue de novedades historiográficas puede, efectivamente, ser un ejercicio enriquecedor, pero creo que sólo a condición de que hacerlo no signifique evitar que sea abordada, de alguna manera, la función señalada de contribuir a conectar pasado y presente. No hace tanto tiempo que en nuestro medio irrumpió un debate que parecía resultar interminable acerca de si había llegado el fin de la historia, como lo postulaba Francis Fukuyama. El personaje pronto pasó al olvido, pero tras aquel absurdo cabría preguntarse ¿cuántos debates

que descentraron el eje de la función del intelectual se sucedieron desde entonces? Y en tal caso ¿no deberíamos reconocer que le sería inherente a su condición evitar dejarse llevar por cantos de sirenas? La pregunta tal vez entraña una obviedad, pero tras ella y las que podrían suscitarse seguiríamos por un sendero que no nos conduciría sino a la pregunta concluyente que en otro momento de crisis se formuló Bertolt Brecht al exclamar “¿Qué tiempos son estos en los que tenemos que defender lo obvio?”. Igualmente, advertía a continuación que podía ser peor el tiempo en el que “lo obvio no se puede defender”. Aprovecho entonces para preguntar por lo obvio cuando aún estamos a tiempo de defenderlo.

La pandemia de Covid-19 también puso en evidencia dos cuestiones que considero relevante discutir: por un lado, el rol del intelectual que cree legitimada su función social anticipándose a los hechos con el anuncio de lo que nunca sucederá, priorizando para ello el valor de la novedad por sobre el de la verdad. Y, por otro lado, el redescubrimiento de Foucault, cuando la cuarentena como única forma de detener el avance del virus, pareció obligar a ver allí panópticos y biopolíticas por doquier. Creo que también merece prestarle especial atención al rol del intelectual en una historia del tiempo presente, que no puede subsumirse en producir titulares para grandes medios de comunicación. Y si se admite que la biopolítica es un recurso interpretativo válido para ayudar en algunos aspectos a mirar la historia desde perspectivas alejadas de lo ya establecido, sería esperable que su uso implicara mucho más que darle un barniz ideológico a la cooptación del término “libertad” por parte de los sectores más concentrados de la sociedad. Después de todo, hay mucha biopolítica para analizar en el modo en que esos mismos sectores se convirtieron en lo que son, y mucha tarea intelectual para develar los mecanismos que legitimaron esa condición adquirida.